



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

AUTORES DRAMATICOS

MARCOS ZAPATA



Brioso, altivo y valiente
da al público la batalla.
La muchedumbre se siente
sierva del numen potente,
y loco el aplauso estalla.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Autores y actores, por Eduardo Buzillo.—Fóbulas, por José Estremera.—Carta canta, por José Jackson Veyan.—¿Qué le va á caer? por Eduardo de Palacio.—El jardinerito escamado, por Juan P/ra Zániga.—La pena de muerte, por Simón Delgado.—Declaración, por R. Sánchez Díaz.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Marcos Zapata.—Viajes extraordinarios.—Casa mayor, por Cilla.



Amigo Clarín: He leído con lágrimas de gratitud el *Palique* del número último, referente á la cesantía de que he sido *objeto*—como dice uno de los primeros Jefes de negociado de Gobernación,—y puedo asegurar á usted que si yo fuese el Ministro y Moret el cesante, lo primero que hacía era firmar su repusición, porque los argumentos de usted no tienen vuelta de hoja. Es decir, tienen vuelta en cuanto á los inmerecidos elogios que hace usted de mi humilde persona, no por lo infundados menos dignos de gratitud.

Pero ya verá usted cómo no cae esa breva, ó lo que es lo mismo, ya verá usted cómo D. Segismundo no me repone, porque para obtener el favor de los hombres públicos, lo primero que se necesita es tener cierta flexibilidad de espinazo y cierta dulzura en la mirada que yo no poseo, pues sabe usted que en esto de ojos ando mal desde lo del cohete.

No por mi ingenio, que no lo gasto, pero sí por mis condiciones de carácter, nunca podré hacer buenas migas con los Jefes de administración civil, que por regla general son unos *percebes*, adulterados por el uso de los guantes de cabritilla. A mí me miraban todos en aquella casa con algo de prevención porque no les hablaba jamás de sus dotes de inteligencia, ni tenía el menor interés en averiguar cómo estaban de salud sus señoras respectivas.

Al otro mundo se fué un jefe mío sin que le preguntara una sola vez de qué procedía una cicatriz en forma de tirabuzón que le cruzaba el rostro de oreja á oreja.

Una tarde entró otro jefe en la oficina con la nariz hinchada, y mis compañeros de negociado se deshicieron en preguntas y lamentaciones.

—¿Qué le ha pasado á usted, D. Sabino?—dijo uno, con el acento entrecortado por la emoción.

—¡María santísima! ¿Cómo trae usted eso!—añadió otro ahogándose en amargura.

—¡Qué lástima!—agregó un tercero.—¡Una nariz tan hermosa!

Yo me limité á dirigirle una mirada compasiva, porque aquello, más que nariz, parecía un repollo, y seguí copiando una real orden redactada en andaluz por un Jefe de negociado, natural de Utrera, que nos echaba discursos casi todos los días, del tenor siguiente:

«Señorez, er que venga tarde á la oficina, ze va á ganar el gran dizgusto, porque yo quiero que *haiga* puntualía y no me hago *solariago* de laz fartaz de *naide*. Conque ya lo zabeiz y *aluego*, no oz vengatz con *endróminuz*.»

Pues el de la nariz hinchada nunca me perdonó mi falta de celo por no haber lamentado bastanté la inflamación, y un día que el Ministro pidió informes acerca de la aptitud de sus subalternos, mi hombre dijo:

—Mire usted, allí tengo uno que dicen si es escritor, y francamente, no me merece confianza por sus malos sentimientos. Además, el otro día he oído que le ponía peros á D. Víctor Balaguer como poeta y como filósofo catalán.

Yo no sé qué habrá pensado de mí el Ministro en aquella ocasión; pero lo cierto es que me ha dejado cesante hace dos meses.

¡No! ¡Si con mi sistema no es posible conservar mucho

tiempo los bienes oficiales! Para que le respeten á uno en la nómina, es necesario hacer lo que hace un chico de Betanzos que tiene mucha maña y ofrece sus servicios á todos los altos funcionarios en estos términos:

—Si tiene usted que mandar componer algún paraguas ó desea que le pongan algún cristal ó que le barnicen alguna cómoda, no tiene usted más que avisarme y yo iré á su casa por las mañanas.... A mí que no me hablen de escribir, porque no sé; pero en cuestiones de carpintería, gracias á Dios, no soy manco. Al antecesor de usted le hice una mesa de cocina que daba gusto verla.

El de Betanzos tiene asegurada la alimentación, porque cuando no le emplean los jefes en los asuntos domésticos, le compran tabaco y papel, y el chico se pasa las horas de oficina haciéndoles pitillos.

Yo bien sé que sin necesidad de descender á estas tareas ruines puede un hombre conservar el empleo publicando sueltitos en los periódicos, en elogio del Ministro, ó escribiendo su biografía ó dedicándole versos elegiacos, como éstos que compuso un escribiente de la clase de quintos, y comienzan así:

AL EXCMO. SR. D. N. N.

Ministro de Fomento, Diputado á Cortes

individuo de la Sociedad Económica Madrileña

Quisiera poseer grandes alientos para cantar con actitud patriaria al que escribió con fe la *Ley agraria* y un gran *Tratado sobre Ayuntamientos*.

Es su carácter fiel, sin fingimientos; bien humorado, mente extraordinaria, etc., etc.

¡Ay, amigo Clarín! Los Ministros no descenden á este bajo mundo, ni ven más allá de su cartera, ni protegen más que á los que saben buscarles las cosquillas ó halagar su amor propio. Para ellos tiene mérito extraordinario el que sabe muchas noticias ó el que va y le dice con acento amoroso:

—D. Simpliciano, ¿hay que poner algún suelto contra alguien? El periódico está á disposición de usted.

La generalidad de los Ministros no han leído las novelas de Galdés y le conocen desde que es Diputado de la mayoría, y aun hay alguno que le ha dicho con aire de protección:

—¡Hombre! Déjese usted de esas cosas. ¿Cuándo hace usted algo serio? ¿Por qué no escribe usted una ley provincial, que nos hace mucha falta?

Más influencia que usted, amigo Clarín, tiene seguramente á los ojos de cualquier Ministro uno de esos noticieros que escriben *yá* con *elle* y *carabina* con *v* de corazón.

¿Por qué? Porque la literatura no es cosa necesaria para llegar á los primeros puestos de la política, mientras que, á fuerza de noticias atronadoras y de sueltos con encomio, pero sin sintaxis, han adquirido fama de *conspicuos* y de *eminentes* una porción de caballeros insignificantes que hoy cobran sueldos pingües y cubren su vacía personalidad con gabanes de pieles, más ó menos legítimos.

Yo he visto en cierta ocasión á un Presidente del Consejo de Ministros abrazar con verdadera alegría á un noticiero incivil y maleante que se paseaba por el salón de conferencias como por su casa, y pedía pitillos á los Diputados y pesetas á los amigos de confianza.

—Adiós, Besuguete—le decía el jefe del Gobierno.

—Adiós, D. Fulano—contestaba el periodista *soit-disant*, correspondiendo á la atención con una palmadita en la espalda del político ilustre.

—¿Qué hay de cosas?—preguntaba éste.

—Usted dirá. ¿Es cierto que tiene usted un plan político en estudio?

—Efectivamente, y necesito el concurso de los hombres de talento como usted. Le espero esta noche en mi casa, comeremos juntos y conocerá usted mi pensamiento.

El periodista lanzó un *mecachis* cultísimo; estrechó la mano del prócer y se fué á la calle satisfecho, mientras

un aplaudido autor dramático, que aspiraba á un destino humilde, recibía una carta del Presidente, concebida en estos términos:

«Muy señor mío: Los compromisos políticos por un lado, y por otro la escasez de vacantes, me impiden complacer á usted, pero le recomiendo al Alcalde por sí puede meterle en consumos. Queda de usted, etc.»

Cuando uno ve estas cosas y contempla á los hombres de verdadero mérito privados de todo apoyo en las altas esferas, no puede menos de decir, como digo yo ahora:

—¿Qué mucho que me dejen á mí cesante, mísero escritorzuelo, si hay por ahí literatos ilustres que aun no han logrado ser recibidos en audiencia por Abascal?

Conque ya sabe usted cómo piensa sobre esto de los destinos públicos su buen amigo

LUIS TABOADA

AUTORES Y ACTORES

III

Del mundo de las letras huye el trato y con cautela el *Saloncillo* pisa, y en los manjares cómicos que guisa muestra buena nariz, aun siendo chato.

En pocos meses adereza un plato, y, si mucho le apuran, le improvisa; que, en calles y paseos y de prisa, hilvanar sus escenas le es muy grato.

Todo en él espontáneo me parece; entre epigramas brótale el idilio, y, al crecerse en el chiste, en ripios crece.

De un empresario-actor eterno auxilio, con capital de ingenio, bien merece su rentita cobrar con don Emilio.

IV

Pasó del nacional Conservatorio á formar entre actores de valía, y, en su elegante gracia, parecía el fiel trasunto de Fernando Osorio.

Llevóle hasta la cumbre el meritorio constante estudio que del arte hacía, y hoy, al amparo de él, huye Talía del histrionismo el bárbaro jolgorio.

Por su hábil dirección vive su empresa, y á su triunfo de actor jamás inmola lo que al cuadro en conjunto le interesa.

¡Ay! Desde el tiempo en que nos trajo á Cola, pega bien todo autor á la francesa, y *avis rara* el que escribe á la española!....

EDUARDO BUSTILLO

FÁBULAS

I

LA LECHAZA Y EL MURCIÉLAGO

Así una vez la Lechaza al Murciélago decía:

—Un secretán, que solía llenar de noche su alcuza con aceite destinado á la lámpara del Cristo, no confesó, por lo visto, su irreverente pecado; mas la falta se notó, y él dijo que eso sería porque de noche solía sorberme el aceite yo.

Aunque esto un error profundo por lo inverosímil es,

creyólo el cura, y después creyóselo todo el mundo.

—Una injusticia de tantas— dijo el otro;—yo protejo á la agricultura, y dejo limpias de insectos las plantas; y todo el mundo me acusa, me echan al suelo á cañazos, me clavan, y á afilerazos me dan muerte ignominiosa.

Yo, por injusto, condeno al hombre que nos juzgó, y en tí lo malo creyó y en mí no creyó lo bueno.

II

MIRZA

Como estaba casada Mirza bella, gata de gran belleza y gran valía, con un minino de tan mala estrella que no podía compartir con ella ni aun el modesto pan de cada día, á otro gato travieso concedió sus favores por unas chitecillas que del queso dejaron sus señores. Y al separarse de él, muy ruborosa, dijo triste y llorosa:

—Crea usted que en siempre he sido honrada!

y á no verme obligada por la necesidad, tenga entendido que no hubiera faltado á mi marido.... por menos de un jamón y una empanada.

JOSÉ ESTREMEIRA

CARTA CANTA

Al señor Lóbez (Vicente), fabricante en Aragón de un anisado excelente, ó mejor dicho, aguardiente refinado de Escatrón.

Muy señor mío y amigo: El buen Sinesio es testigo de que, aunque parezca inglés, soy más bien aragonés en lo que hago y lo que digo.

Si algo me causa extrañeza, en la lengua me retoza y lo canto sin perezá con la más ruda franqueza, á estilo de Zaragoza.

Usted, señor don Vicente, puso el nombre á su aguardiente de este *ilustre semanario*, y obtuvo, naturalmente, un éxito extraordinario.

Es claro que en su favor tan lindo nombre previene, porque siendo su licor del MADRID Cómico, tiene que ser cosa superior.

Yo disculpo sus intentos; pero me vienen con cuentos de que ando, y ése es el quid, por los *establecimientos alcohólicos* de Madrid.

Ya pasé más de un mal rato, pues me hace poca merced que me diga un mentecato: «¡Jackson, ayer le vi á usted en la taberna del Chatol!»

17 Octubre 88

Un maleta, matador, me dijo, haciéndose cruces: «Anoche, señor autor, le he visto en el mostrador de una tienda de Andaluces.»

Por semejante impostura tenía el alma en un tris, hasta que hoy se me asegura que está mi caricatura en las botellas de anís.

De esa manera, ya entiendo lo que me vienen diciendo. ¡Yo en botellas de aguardiente!... Que esté *Cilla*, lo comprendo, sí, señor, perfectamente.

¿Que esté Sinesio? Lo apruebo. ¿Que Palacio acuda al cebo? No es raro, por vida mía; pero ¿yo que no me bebo seis botellas en un día?

¡Esto, señor don Vicente, me ofende profundamente y repruebo su capricho!... Y es el caso que me han dicho que es muy bueno ese aguardiente.

Cierto que me causa pena que yo ande así en estos días; pero, en fin, si usted lo ordena, acepto media docena de caricaturas más.

De seguro que me ablanda accediendo á mis deseos. Conque, si es que me las manda, ya lo sabe usted: *Arganda, Telégrafos y Correos*.

JOSÉ JACKSON VEYAN

¡QUE LE VA Á CAER!...

—Es el de la suerte, señorito, hoy sale; llévemele usted, que le va á caer. Mire usted qué bonito.

Y en el fondo es verdad: hay números bonitos y números feos.

Números simpáticos y números antipáticos, lo mismo que sucede con las personas.

Los vendedores de billetes de la lotería conocen las debilidades y las supersticiones de los jugadores, y las explotan.

En el restaurant, cuando ven á un señorito que acaba de almorzar y no sabe qué hacerse; en el café, donde ven una reunión de personas alegres; en la calle, á la hora de salida de teatros, cuando un ciudadano se retira solo y «filosóficamente» á su domicilio, todas esas oportunidades aprovecha la vendedora de billetes de la lotería que conoce su profesión.

¡Cuántas veces habrán ofrecido á ustedes la suerte!

¡Y cuántas veces la habrán ustedes rechazado!

Condición humana.

Nos brindan con la fortuna y la despreciamos, para buscarla después por caminos más largos.

Pongo por caso: el trabajo y la honradez.

No quiero decir que los aficionados á la lotería no sean personas honradas.

Todos somos honrados trabajadores y liberales consecuentes y patriotas y hombres de orden.

Para los españoles no fanáticos por el trabajo, que también hay algunos, la lotería es un medio seguro, vamos al decir, para enriquecerse por una friolera.

Reconocidas por los paternales Gobiernos que se suceden en nuestro país la debilidad general y la necesidad de tener dinero, multiplican el número de sorteos cuando lo creen conveniente á la dignidad nacional, y aumentan el precio de los billetes para facilitar la adquisición de capitales.

El espíritu comercial ha introducido la reventa de billetes de la lotería. Los ministros de Hacienda habrán pensado:

—Si la venta de billetes produce sumas respetables á la Renta, ¿cuánto produciría la reventa oficial?

La reventa libre es industria nueva, relativamente.

VIAJES EXTRAORDINARIOS



¡Cuál sería mi sorpresa al ver que mi enemigo, que era enemigo, caía á mis pies haciendo demostraciones sospechosas!



¡Oh, Dios! ¡Nos amábamos!



Por lo visto, me propusó un rapto. Á la niña le gustaba cambiar de colores.



¡Qué iba á hacer un caballero español! Huir con tan preciosa carga.



Al fin llegué, rendido de fatiga, donde me esperaba mi fiel camello.



Mi conquista quisó contarme su historia; pero sólo pude comprend-er que era casada



y que teníamos entrambos un sueño espantoso,



del cual sobresacó, á la madrugada, un ruido, alarmante



producido por el esposo ofendido y sus otras catorce mujeres



que nos rodearon dando aullidos y en actitud poco tranquilizadora.



Nos pusimos á la defensiva; pero todo fué inútil: tuve que sucumbir al número.



Entonces el salú se adelantó, creyó que para asesinarme.



Pero no: era para darme las más expresivas gracias,



y para hacerme entrega oficial de sus esposas restantes, ya que, por lo visto, me gustaba el género.



Después de lo cual se alejó majestuosamente.

Industria explotable por la Hacienda.

La venta era la infancia del comercio.

La reventa es el último adelanto.

Hay gremios de revendedores de objetos personales y de objetos impersonales, de opiniones políticas en bueno ó mal uso, de billetes de lotería y otros.

La reventa de billetes ha proporcionado colocación á varias muchachas sueltas y á algunos individuos que no sabían qué hacerse ó en qué emplear sus capitales.

En extracciones extraordinarias suele verse el cartelito en las administraciones, advirtiéndolo al transeúnte indefenso:

No hay billetes

—¡Será estreno!—decía un escritor muy conocido, viendo el cartelito.

—¿De quién será esa lotería nueva?—preguntaba otro.

—Como no sea de Echegaray....

En la puerta de alguna administración se ve un pelotón de mujeres, chiquillos y hombres mayores de edad, cuando la lotería que se ha de sortear es de las notables.

Son los abonados; los señores de la reventa.

—Lléveme usted el último, caballero—proponía una mujer á los transeúntes.

Ya saben los vendedores lo que se dicen: el último billete tiene para el jugador garantía misteriosa de buen resultado.

Tal vez aquel billete despreciado—piensa—será el de la suerte.

En esto del juego, hay preocupaciones muy disculpables en gracia del fin que se propone el punto y de su reconocida buena fe.

He conocido á un caballero que frecuentaba esos círculos giratorios ó esos ateneos «sin puerta», y nunca aventuraba un perro chico sin quitarse la corbata y desabotonarse, por lo menos, el chaleco.

—En cuanto me abrocho—decía,—pierdo hasta las orejas; estoy seguro de que si pudiera apuntar en paños menores, desbancaría.

En un pueblo de la provincia de Granada vivía un aficionado á la lotería que, cuando compraba un décimo, administraba una paliza á su mujer.

—¿Por qué hace usted eso?—le preguntaban.

Y él respondía:

—Porque así me cayó una vez el gordo.

—Si tuviera usted la bondad de estarse quieto—decía un gobernador que *tallaba*, dirigiéndose á un joven que apuntaba cartas y que, apoyando un pie en la silla del banquero, obligaba á éste, con movimiento continuo, á agitarse, como si estuviera atacado del baile de San Vito.

—No puedo—replicó el aludido,—porque, en cuanto ceso, viene la contraria.

Los revendedores y, aún más, las revendedoras de billetes de la lotería conocen las supersticiones de los jugadores.

Abusando de este conocimiento, venden los billetes con prima sobre el precio de fábrica.

Al pronto parecerá ésta una inmoralidad.

Pero no lo es, si se tiene en cuenta que se trata de la fortuna de algunas familias, y la fortuna nunca es cara.

Hay quien supone que en algunos sorteos los vendedores monopolizan la reventa en perjuicio del público.

Pero tampoco esto es verdad.

Venden caro porque compran caro.

Á precio de contaduría, como los billetes de espectáculos.

—Y el Gobierno no interviene en esto!—exclamaba un caballero indignado.

—Sí, señor—replicó un guardia:—toma el tanto por ciento en cada extracción.

EDUARDO DE PALACIO

EL JARDINERO ESCAMADO

Según dicen los vecinos del pueblo de Valdecañas, simpático allí *Rosita Zarculejo* de la Mata con un joven jardinero llamado *Jacinto Palma*. Ella tenía una *huerta* que frente al *jardín* estaba de jacinto, cuyo pecho de *roble* no sintió nada por Rosa, que no tenía ni un *pero* y era una *mojita*, al menos en aquel pueblo no faltó quien *alemana* su conducta; pero algunos dijeron en *sembrar* *cañizo*

entre ambos, hasta que vieron que *esó* *raíces* la escama en Jacinto. Su amor propio se fué subiendo á la *barra*, y cogió á Rosa una tarde, y *lebejo* de una *ocasio*, más fresco que una *lechuga*, le dirigió estas palabras: «Rosa, ya no hagas más *plios*, que esta *ósea* se le escapa. ¡Están *ruiles*! Ya ves cómo yo no me ando por las *raoias*. Echamos *lerra* al asunto, pues asegura la fama que eres una *mariposa* y que una vez en la *Granja*

tuviste no sé qué *lios* con un tal *Coramanzana*, sobrino carnal de *Riego* y sordo como una *lagia*»

Como *hoja de perejil* puso el mozo á la muchacha, arrancando sin piedad de cuajo sus esperanzas, y así le dijo ella al hombre que su *desdicha labrava*: «Jacinto, has tomado el *rábano* por las *hojas*.... ¡Soy honrada! Cuando estuve en los Madriles con *Margarita Peralta*, cien *alcornoques* al verme se arrojaron á mis *plantas*, mas yo, sólo me reía de las *flores* que me echaban. Es verdad que tuve un novio, en la calle de las *Aguas* y dos en la del *Almendro* y uno en la de la *Flor Alta*. Es cierto que también quise á un tal *Arroyo* en *Granada*, pero reñí con él por lo mucho que *murmuraba*. Después quise á un tal *Castaña*; pero me dió la *castaña*, pues aunque era *compulento*, tuvo una *sombra* muy mala y aquello fué *flor* de un día.... No hubo más.... y santas pascuas; mas que del *árbol caído* todos hagan *leña*, carga. Tú no eres ningún *melón*, y pues dicen de la *mancha de la mora* que se *quita con otra verde*, anhélaba buscarla en tí, puesto que eres lo mejor de Valdecañas, y al que á buen *árbol* se arrima, ya sabes lo que le pasa.»

No tenían vuelta de *hoja* las frases de la muchacha; mas él no se convenció, y al cabo de una semana.... ¡qué había de suceder, siendo jardinero Palma? Que tomó, al fin, el *olivo*, dejando á Rosa *plantada*.

La pobre enfermó de pena, se atracó de *flor de malva*, y ¡claro! murió en la *flor* de su vida la hortelana, sin lograr, como quería, que la enterrasen con *Falma*.

.....
¡Oh jóvenes casaderas que anhéláis veros casadas! No pidáis *peras* al *olmo*, no vayáis á Valdecañas á pedir la blanca mano del jardinero de marras, pues tiene ocupado el mozo el sitio de sus entrañas por un *vizero* de *ortigas*, *abrojos*, *cardos* y *sarzas*; y aun cuando tan mal *verreno* *reguñir* bien con vuestras lágrimas, si *sembráis* cariño, sólo recogeréis *calabazas*.

Y ahora, lectores carísimos, diréis: «¡Qué cosas tan cándidas se le ocurren al tal Zúñiga cuando está torpe su máquina! ¡Mire usted los versos últimos! ¡No son propios de las páginas de alguna Revista Agrícola ó de un libro de Botánica!» Tenéis razón sobradísima; mas juro por Santa Bárbara que os haré versos más cómicos, si Dios mejora mi fábrica.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

LA PENA DE MUERTE

I

Atados por los codos, ateridos, balhuciendo blasfemias, y guardados por un fuerte piquete de soldados, marchan en la carreta seis bandidos.

Se ha prohibido hablar, y las culatas ó las tremendas hojas de los sables ahogan al instante las bravatas de aquellos miserables.

¿Adónde van? La cárcel les espera, y después, en la plaza de la villa, el siniestro armatoste de madera, la sanguinaria multitud que chillá, el vulgo que, cobarde é inhumano, ruge feroz al imponer su yugo, y la mano traidora del verdugo que representa al pueblo soberano.

¡Brava hazaña, por Dios! ¡Se ha reunido toda la sociedad sólo por eso! ¡A matar por la espalda á un pobre preso, poniendo por razón que la ha ofendido!

II

¿Y qué hicieron los seis? En un atajo sorprendieron, armados, á un arriero que entregó, de rodillas, su dinero, producto de una vida de trabajo. Después, entre feroces carcajadas, le metieron un clavo por la frente, le cosieron el cuerpo á puñaladas, le arrancaron los ojos brutalmente y pasaron un rato de alegría parodiando el dolor de la agonía.

Pero el terrible acero de la justicia lo que coge corta; y hoy se junta la villa, ¡el mundo entero! para vengar la muerte de un arriero que no conoció nadie, ni le importa.

La prensa indótilmente alzó su voz potente, tronando contra el bárbaro derecho que la cobarde humanidad se irroga para vengar el crimen con la soga, que es un crimen igual, y peor hecho.

En vano, por librar á los malvados del hacha del verdugo,

se sacó á colación por todos lados
la santa indignación de Víctor Hugo.
¡La ley es implacable, dura y fuerte!
No tuvo compasión. ¡Pena de muerte!

III

Eso no puede ser. El pueblo avanza
en busca del progreso. ¡Conque abajo
las sangrientas ideas de venganza!
Tratemos al bribón con más templanza,
y acaso se redima en el trabajo.

Los seis que asesinaron al arriero
son hombres con las almas corrompidas;
pero ¿quién autoriza al mundo entero
para que así disponga de sus vidas?

¡Sólo Dios es el dueño de la muerte!
Si estorban los bribones,
dejadlos sin comer en las prisiones...
hasta que Dios disponga de su suerte.

SINUSIO DELBADO

DECLARACIÓN

¡Gracias á Dios que acabé!
La firma, y sea se acabo;
ahora no falta más que
ella me diga que no.

y entonces... ¡la coroné!
Conque dice lo siguiente:
«Inolvidable María:

Loco de un amor ardiente,
me arrastra mi fantasía...
¡hasta la pared de enfrente!

¡Jesús, qué barbaridad!
Pero es que tengo razón;

porque, á decir la verdad,
me paso una eternidad
enfrente de su balcón.)

«Por eso la escribo así,
pues mi ciego freñesé
(esto es pura poesía),
anhela de usted un sí,
hermosísima María.»

«¿Quién, contemplando su talle,
semejante á una palmera,
no se está espera que espera
paseándose por su calle
hasta una semana entera?»

«Pues bien, atiéndame usted,
que desfallezco de amor,
y que siento tal calor
dentro de mi pecho, que
cada día estoy peor.»

«Ese rostro angelical,
y ese artístico perfil,

y esas manos de marfil
(pero ¡notabré! ¡seré animal!
quise decir de marfil)

traen á mis sueños de rosa
algún acto caprichoso,
razón por la cual, hermosa,
lo estoy haciendo á usted el oso,
por no poder otra cosa.»

«Espere que me conteste
con un sí de... corazón,
pues pelagra la razón,
en caso contrario, de éste
que le quiere á usted

RAMÓN.»

RESPUESTA

*Cavayero: tambien yo
si hento decia husté un fer nesté
pe ro noledoi un sí*

*y muchoua nos hun no
asta que benga husté haquí*

*Poes, temo ce husté serria
denú Anor i mi rras púesta
i Eso no la comendría*

*por mu chas causas ha está
que lo dice ha husté*

Ma ría

*Por data: Yo nunca sal go
pero há la tarde hestaré
mu solita sim emvalgo*

*y puede benil husté
para ler si acemos halgo*

R. SÁNCHEZ DÍAZ



Mariano de Cavia, en un artículo, lindísimo como todos los suyos, propone un medio de demostrar el desagrado en los teatros, para distinguir esta clase de espectáculos de la Plaza de Toros y las manifestaciones con que han dado en recibir á los hombres públicos.

Sobaquillo indica la conveniencia de que el auditorio se cubra cuando la comedia no le guste, dando así á entender que no guarda respeto al autor.

Voto en pro. Pero hay una dificultad. Y es que nadie va á querer pertenecer á la *claque*, por no verse en un compromiso. ¿Qué hacen los alabareros en caso de mal éxito? ¿Seguir descubiertos? Descubren su condición humilde. ¿Cubrirse también? Quedan mal con la empresa. ¡La duda es horrible!

El Ayuntamiento que felizmente no administra ha presupuestado (esta palabra creo que no es muy correcta) la insignificante cantidad de veintiseis mil pesetas para un *lunch* que se celebrará en las casas consistoriales con motivo del centenario del Sr. Rey D. Carlos III.

Eso es lo que se llama tirar la casa... consistorial por la ventana.
¡Veintiseis mil pesetas para tomar un refresquito!

¡Ay! Yo diría una porción de cosas que se me ocurren....

¡Pero como me han empedrado la calle!

De los Avisos útiles de *La Correspondencia*:
«Bien mío, yo resfriada. Cúdate mucho, X.»

¡Diablo! Usted es la que debe cuidarse, señorita.
¿O es que cuando usted se constipa toma flor de malva el novio, ó lo que sea?

Marchóse á probar fortuna
á América Nicanor,
y á su vuelta, en vez de un hijo,
halló, por su suerte, dos.

Y alegre como unas pascuas
el infeliz exclamó:
—¡Es que á los buenos maridos
siempre les ayuda Dios!

—Ay! Crea usted que no puedo dormir pensando en ese asesino del barrio de Witechappel.

—Tranquilícese usted, señora; según parece, el malvado no acomete más que á las mujeres de cierta clase....

—¡Y quiere usted que me tranquilice!

Libros:

Hemos recibido los tomos XI y XII de la *Biblioteca andaluza*, dirigida por los distinguidos escritores D. Luis Carrión y D. Hermenegildo Giner de los Ríos. Titúlase el primero *Sociedades cooperativas*, y es un interesante estudio económico del exministro de Hacienda D. Manuel Pedregal y Cañedo.

El segundo, *Leyendas y tradiciones*, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte, es una preciosa colección de artículos escritos con la corrección de estilo que caracteriza á su autor. Precio, 1,50 pesetas.

El movimiento proteccionista en Castilla la Vieja, importante folleto de D. J. Daniel Infante, en que se discute un tema de actualidad con gran elevación de miras.

Lola la Billitera, por D. Roberto Rrmo, distinguido periodista zaragozano, cuya mejor recomendación consiste en decir que ya ha padecido persecución por la justicia.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. S. de T.—Malita es. *Y hojar* no se escribe con á. Puede que se escriba así con el tiempo.

Sr. D. F. G.—Irón.—Sirve, Usted versifica admirablemente.

El quinqué del firmamento.—Eso no es nada, y lo siento.

Pepé.—Lo de Pedro Pérez Peldes, peluquero perfumista, es más viejo que todas las cosas; así ó de otra manera, el epigrama no vale, y la imitación de Bécquer no tiene poesía de ninguna clase.

Sr. D. L. M.—Madrid.—Los epigramas son vulgares, y el primero, además, merrecito.

Sr. D. C. A.—Madrid.—En esa lamentación tiene usted mucha razón; mas lo ha dicho mucha gente de un modo más elocuente.

K. P. Lo. Haces los cantares mal,
¡oh insignia de Cardenal!

Centurin.—Pocoita gracia; y ¡qué medianamente mide usted los versos!

Sr. D. A. R. S.—Ya que se va usted al pueblo, dígame al maestro que le repase un poco la ortografía, porque ésa es lamentable. Y cuando la sepa usted, no escriba versos de ninguna manera.

Sr. D. C. V.—Madrid.—El segundo podría pasar si no fuera por aquello de los *ademanos triunfantes*, que es un ripio como otro cualquiera. Digo, no: más grande que otro cualquiera.

Sr. D. I. R.—Madrid.—Eso no es chiste.

¡*Ves, Gorgonio!*—Eso digo yo: ¡ves cómo no te sale ninguna cosa á derechas?

Ramsés.—Formal estáis hoy.

Sr. D. J. de L.—Cádiz.—Ni plancha, ni cinismo. Una precipitación del autor, que no se repetirá. Corre de mi cuenta.

Sr. D. J. G.—Huesca.—No sabe usted versificar todavía. ¡Y eso es tan difícil de aprender!

Sr. D. A. P.—Segovia.—Largo, incorrecto y sin gracia,
sin gracia, incorrecto y largo....
Váyase usted haciendo cargo.

Sr. D. R. J.—Madrid.—Tan filosófico quiere ser, que en mis cortos alcances no he podido comprender una palabra.

Sr. D. J. I.—Madrid.—¡Jesús! ¡Qué rebuscado está ese chiste!

Egot.—¡María! ¡Qué poco ingenioso es todo eso!

Martes.—¡José! ¡Qué colección de sandeces!

Sr. D. M. P.—Madrid.—Pero ¿quieren ustedes contar las sílabas ó no? ¿Usted cree que el verso

«siempre que leo: no más calyos»

es octosílabo? ¡Parece mental!

Sullivan.—Ese final ha sido inspirado por el Espíritu Santo en figura de paloma.

Sr. D. J. del P.—Madrid.—Flojitos. No hay San *Rumaldo*. Es Romualdo.

Morón de la Frontera.—No conozco ningún refranero. Verdad es que yo soy un zote en bibliografía. Vi á su amigo. El romance tiene algunas frases demasiado duras para castos oídos.

Sr. D. B. L.—Madrid.—¡Si viera usted cómo anda uso de los escribientes! ¡Peor todavía que los destinos públicos!

CAZA MAYOR



—Hombre, si ahora saliera un jabalí, pongo por ejemplo, era capaz de matarle á bofetadas, sólo por calentarme las manos.....

ANUNCIOS

TIT. V. FAURE.—POSTIGO S. MARTIN, 11 y 13.

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIERTAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Fernánlez, 4, primer izquierda

Teléfono núm. 2.100

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPAÑÍA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFES

28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

en la Exposición Universal de París de 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal. Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAFORET Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los librereros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA COMICA

Album de 50 cartullinas que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.